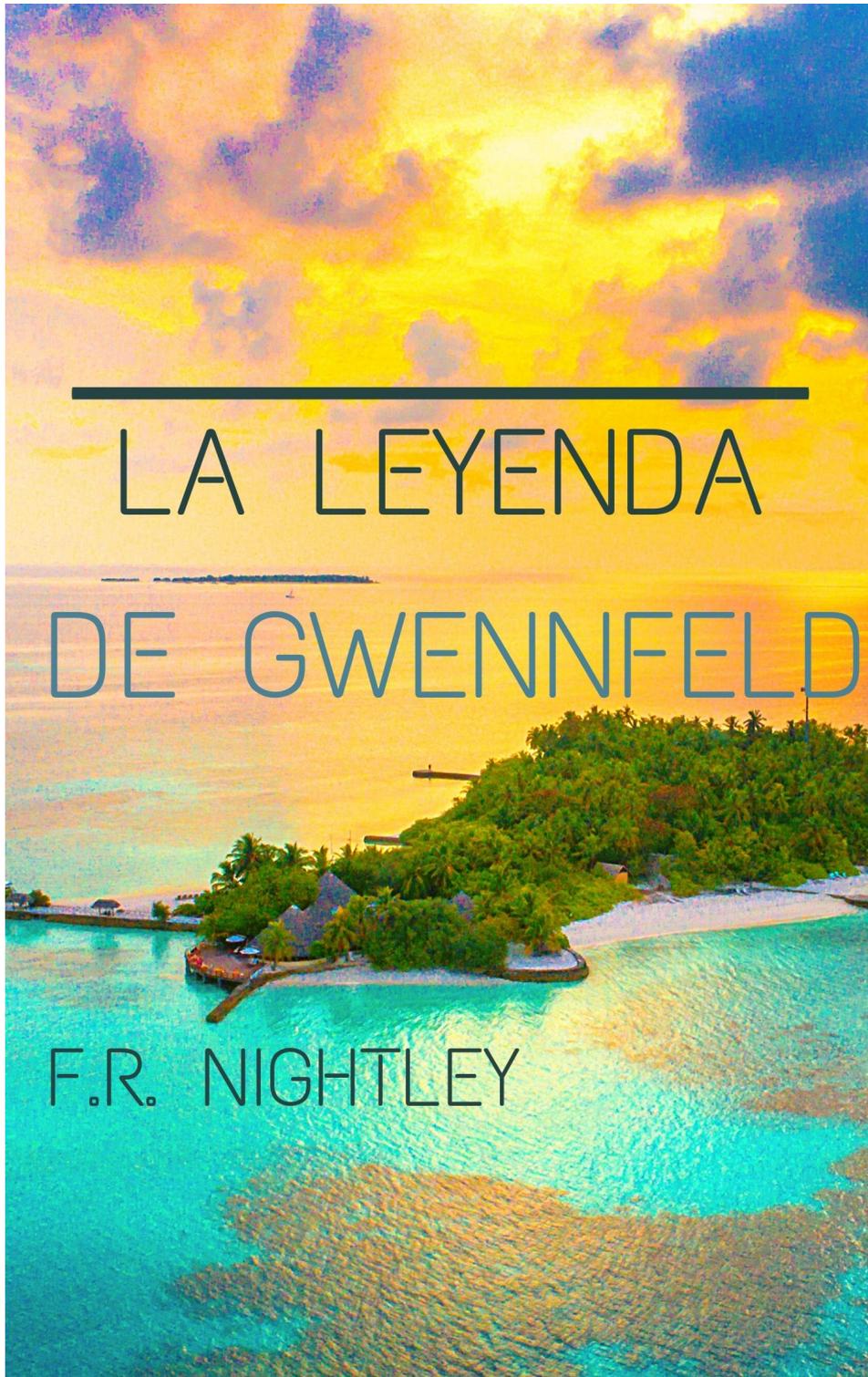


La Leyenda de Gwennfeld

Vicente Byrd



LA LEYENDA
DE GWENNFIELD

F.R. NIGHTLEY

Capítulo 1

La habían sentado al lado del delegado de clase y eso la hacía sonrojar. No paraban de sudarle las palmas de las manos, pero no importaba. ¡Al fin había llegado el día!

Buscó a Mildred con la mirada una vez más. Su mejor amiga se encontraba unas filas más adelante y ella también la buscaba con la mirada. La chica le sonrió, mostrando todos los dientes, brillantes y metálicos por los aparatos. "Qué pringada" pensó Hanna. Pero era la única pringada de todo cuarto a quien podía llamar amiga

La gente no paraba de hacer comentarios de que "¡el avión se ha desviado! ¡Ya tendríamos que haber llegado!", pero las azafatas les aseguraban que todo iba según lo planeado. Hanna miró por la ventana. No se veía Italia desde ahí, pero quizás estaba muy lejos desde el asiento del pasillo como para ver nada. Estuvo a punto de preguntarle al delegado si veía algo, pero le daba demasiada vergüenza dirigirse a él.

¡BRRRRUMMM!

—¡EHHHHH!

—¿Qué está pasando?!

—¡¡¡Vamos a moriiiiir!!!

Mira que eran plastas sus compañeros. Nada, una turbulencia menor. Todo iba bien.

Y entonces todo se vino literalmente abajo, y empezaron a caer, caer, caer, caer...

Gritando, a punto de llorar, Hanna volvió a buscar a su amiga con la mirada, pero no la veía por ninguna parte.

Todo empezó a aparecérselo como una vieja leyenda.

Había sido una mañana muy apacible. El sol primaveral brillaba débilmente. Los pajaritos cantaban. Los panecillos y pasteles estaban apilados en perfecta armonía, listos para ser servidos a los señores de la casa.

—¡RATA INMUNDA!

La voz de Hanna Cuatro resonó en la cocina y llegó hasta los oídos de Kamil Tres, que montaba guardia afuera en la tranquilidad de los terrenos del colegio. De un momento a otro, esa tranquilidad había desaparecido. Hanna Cuatro blandía su palo de amasar a diestro y siniestro, tratando de acertar al hombre encapuchado que correteaba por la mesa de la gigantesca cocina con un panecillo en la mano. Los ruidos de la porcelana rota alertaban cada vez más a los guardias de afuera.

Al fin consiguió Hanna atrapar al intruso por el tobillo, justo cuando escapaba por la ventana.

—¡MILDRED! ¡¡¡No te quedes ahí parada, estúpida!!! ¡Ven a ayudarme!—dijo Hanna, y la muchachita agarró la otra pierna con todas sus fuerzas. Mildred Cinco era la ayudante de cocina y... mirad, sé que es difícil llevar la cuenta de tantos nombres cuando se llega a un lugar nuevo. Sobretudo un lugar como la Academia 109, donde todos los alumnos son iguales y todos tienen números en vez de apellidos. Por eso os iré guiando alumno por alumno, así nos perderéis.

Al fin y al cabo, las leyendas no siempre empiezan donde se supone que deben empezar, ni terminan donde se supone que deben terminar.

Hanna Cuatro, como habréis deducido, era la cocinera de la escuela. Rondaba los veinte años. Era regordeta y tenía brazos fuertes. Tranquilamente podría haber sido soldado en vez de cocinera. Pero era

cocinera.

Sobre el intruso encapuchado no diré nada todavía. Lo único que importaba en aquel momento es que había robado un pan y que iba encapuchado. Y también que acababa de zafarse de las garras de las obedientes cocineras, aterrizando a salvo sobre la hierba. Lo cuál lo hacía una amenaza para todo el colegio.

Fue por eso que Kamil Tres decidió dar la orden.

—¡FUEGO!—gritó, y sus compañeros dispararon. Yili Cuatro fue el que disparó más fuerte. Kamil tuvo que pedirle que parara porque el ladrón se escapaba y ninguna de las balas había acertado.

Y así empezó la persecución.

Kamil y Yili iban en cabeza, pero el encapuchado les llevaba ventaja. Tropezaron con caballos, cerdos y varios criados insignificantes: algunos Sietes, unos cuantos Ochos y algún que otro Seis.

Tuvieron que detenerse cuando llegaron al campo de tiro, para recibir unos cuantos balazos. El intruso no tuvo la misma idea. Pasó de largo entre las dianas y se perdió de vista.

—¡DEVAN!—rugió el sargento—¿Qué te pasa hoy, chico?! ¡Tú nunca le has fallado a una diana!

Devan Dos apenas se inmutó ante el comentario, su expresión fría y fija en el intruso que escapaba.

—No estaba apuntando a la diana, Sargento.

Llegaron hasta él unos exhaustos Kamil y Yili.

—¡Devan Dos!—se presentó Kamil. Era la manera correcta de dirigirse a alguien de rango superior. Nadie se dirigía a Devan de otra forma, y es que pocos alumnos en aquella academia podían presumir de llevar un número dos como apellido.

—¿Quién ha dejado suelto a ese intruso?!—bramó el Sargento Omerick

—Esto...—empezó a explicar Kamil Tres

—Ha sido esa puta de la cocinera—escupió Yili—y su estúpida compañera

—Mujeres—suspiró el sargento—Siempre lo estropean todo. Qué le vamos a hacer.

—A Ryan no le va a gustar ésto—dijo Devan Dos con un bostezo—Déjeme a mi, sargento.

Dijo ésto Devan y acarició su escopeta como si fuera el lomo de un perro fiel. Después cargó ruidosamente.

—Seguid mis órdenes. Vamos a atrapar a esa rata de cloaca. Y la vamos a llevar ante Mister Hartmann para que le corte la mano. Va a ser todo un show.

Mientras, al otro lado de la fachada, un chico de pelo largo y oscuro se agachaba exhausto ante las rejas de la ventana del sótano y se quitaba la capucha que se había puesto para no ser reconocido. Su nombre era Kennez.

—¡Jayke! ¡¿Estás ahí?!—dijo el muchacho hablándole a la ventana.

Una sombra se asomó entre los barrotes.

—¿Tienes lo que te he pedido?—dijo Jayke Seis. Kennez asintió.

—Bien. Te quiero aquí abajo en cinco minutos.

—¡Pero necesito saber...!

—Aquí no. Aquí pueden oírnos. ¡Date prisa! Y que no te vea nadie.

Kennez resongó, pero hizo lo que le decían. Subió los escalones y entró al recinto por la puerta principal. Pasó junto a Ryan Uno, que montaba guardia en el vestíbulo, pero éste no hizo preguntas.

Erguido y orgulloso, Ryan Uno estaba atento a cada movimiento. Pero nunca sospecharía nada malo sobre alguien tan insignificante como Kennez. Tenía otros compañeros de los que preocuparse.

Se abrió la puerta del vestíbulo otra vez, y entró un Alan Once, un chico de pelo castaño recogido en una cola.

—¡Alto, Alan! ¡¿A dónde crees que vas?!

—Creo que voy a mear, Ryan—respondió el muchacho descaradamente, enfatizando ese “Ryan” asecas, ignorando las formas de cortesía—¿Se me permite mear, o es un privilegio demasiado desorbitado para los de mi clase?

—Ten cuidado, Alan—respondió éste fríamente—el camino que llevas no te hará ningún bien.

—Quizás tengas razón, Ryan—respondió éste irónicamente—estoy un poco ocupado sirviéndoos a vosotros como para preocuparme de mi propio bienestar.

Ryan iba a replicar algo, pero entonces apareció otro criado.

—Ryan Uno...—dijo tímidamente—Mister Hartmann lo manda a llamar.

—Gracias, Kail—dijo Ryan, y le dedicó una mirada de desprecio a Alan antes de marcharse.

En realidad Alan Once no tenía ganas de mear, pero se metió en el baño para no levantar sospechas. Se escapó por la ventana como si tal cosa y trepó por la fachada del edificio hasta el tercer piso. Una vez allí, silbó tres veces.

Del techo se abrió una trampilla, y alguien dejó caer una escalera.

Contento consigo mismo, Alan se tocó el pecho, donde llevaba escondido un pan que aún estaba enterito y caliente, pese al ajetreo y la persecución.